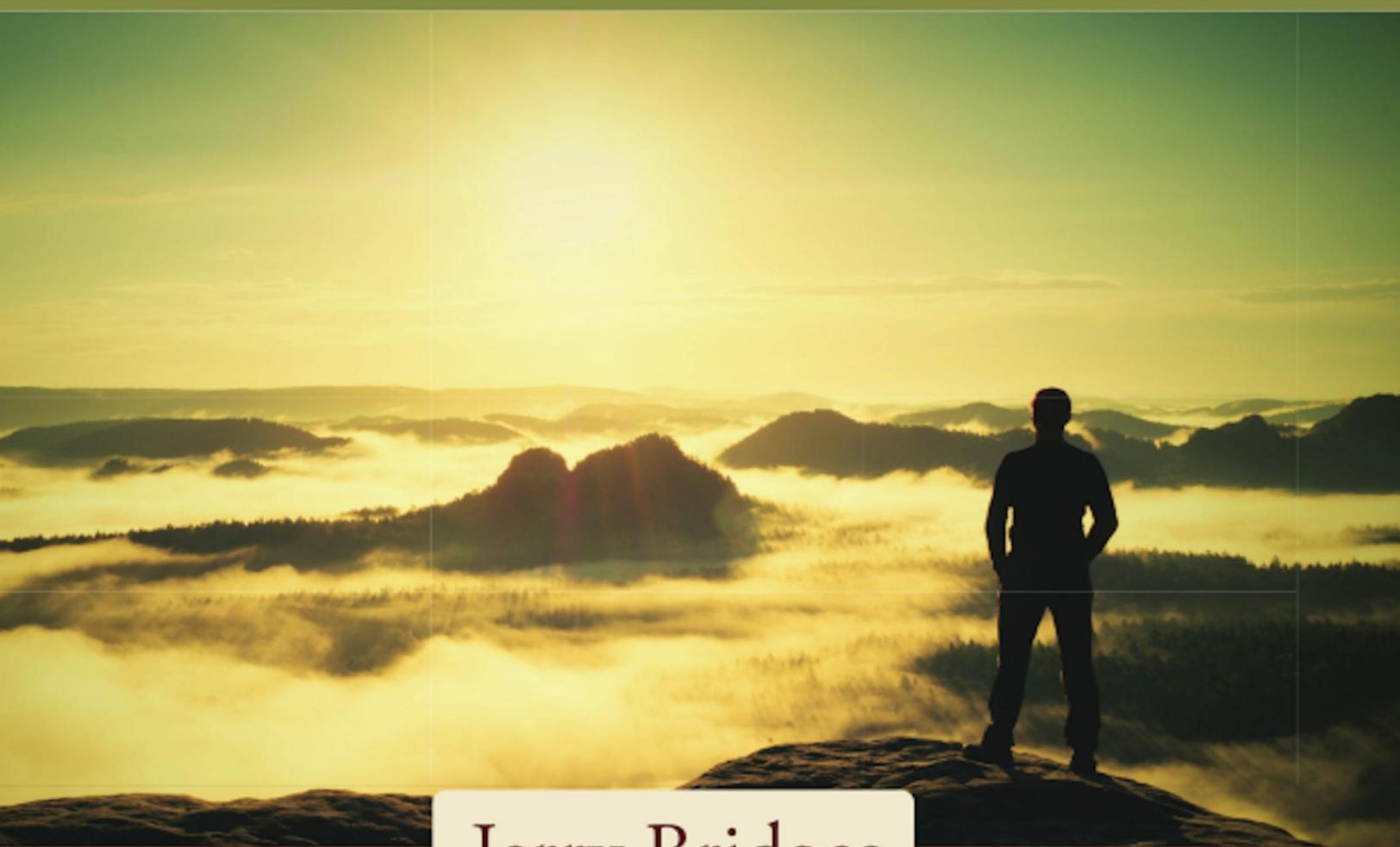


La Gracia Transformadora



Jerry Bridges

Viviendo confiadamente en el amor infalible de Dios

“En el típico estilo de Bridges, este libro es una guía afectuosa, alentadora y perspicaz hacia una vida piadosa. Llega al centro mismo del significado bíblico de la gracia”.
—**R.C. Sproul**, presidente de los Ministerios Ligonier.

“Sin duda, otra obra inspiradora y poderosa de Jerry Bridges. Jerry nos pone cara a cara con una realidad que acostumbramos olvidar: nuestra constante necesidad de la gracia de Dios”.
—**Chuck Colson**, fundador de Prison Fellowship.

Publicado por:
Publicaciones Faro de Gracia
P.O. Box 1043
Graham, NC 27253
www.farodegracia.org

ISBN: 978-1-629461-67-0

Agradecemos el permiso y la ayuda brindada por Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Drive, Carol Stream, IL 60188, y NavPress, 3820 N 30th Street, Colorado Springs, CO 80904 para traducir e imprimir este libro, *Transforming Grace* al español.

Originally published in English in the U.S.A. under the title: *Transforming Grace*, by Jerry Bridges
Copyright © 1991, 2008 by Jerry Bridges

Spanish edition © 2016 by Publicaciones Faro de Gracia
with permission of NavPress. All rights reserved.

Represented by Tyndale House Publishers, Inc.

Traducción al español por Publicaciones Faro de Gracia, con agradecimiento a Giancarlo Montemayor por la traducción y Armando Molino por la revisión. El diseño gráfico fue por Benjamín Hernández de Enjoy Media.

© 2017 Todos los Derechos Reservados.

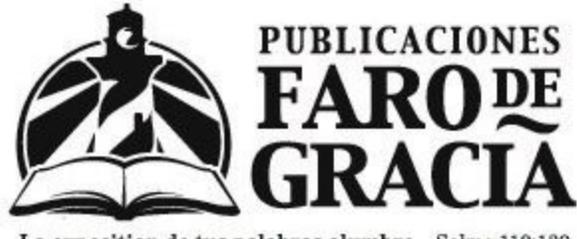
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio - electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o cualquier otro - excepto por breves citas en revistas impresas, sin permiso previo del editor.

© Las citas bíblicas son tomadas de la Versión Reina-Valera
© 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina. ©
renovada 1988, Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con
permiso.

GRACIA TRANSFORMADORA

Viviendo confiadamente en el amor infalible de Dios

Jerry Bridges



*Para la señora Roger "Mamá" Noyes a quien Dios utilizó
para ayudarme a aprender más sobre su gracia*

Contenido

[Prefacio](#)

[Capítulo 1 EL DESEMPEÑO INTERMINABLE](#)

[Capítulo 2 GRACIA, ¿QUIÉN LA NECESITA?](#)

[Capítulo 3 LA GRACIA: ES EN VERDAD SUBLIME](#)

[Capítulo 4 EL TERRATENIENTE GENEROSO](#)

[Capítulo 5 ¿TIENE DIOS EL DERECHO?](#)

[Capítulo 6 OBLIGADOS POR AMOR](#)

[Capítulo 7 LA PRUEBA DEL AMOR](#)

[Capítulo 8 SANTIDAD: UN REGALO DE LA GRACIA DE DIOS](#)

[Capítulo 9 LLAMADOS A SER LIBRES](#)

[Capítulo 10 LA SUFICIENCIA DE LA GRACIA](#)

[Capítulo 11 EL MÁS PEQUEÑO DE TODOS LOS SANTOS](#)

[Capítulo 12 APROPIÁNDONOS DE LA GRACIA DE DIOS](#)

[Capítulo 13 VESTIDOS DE GRACIA](#)

[SOBRE EL AUTOR](#)

[Otros Títulos por Publicaciones Faro de Gracia](#)

Prefacio

La gracia de Dios es uno de los temas más importantes de toda la Escritura. Al mismo tiempo, es uno de los menos comprendidos.

Todos los cristianos, por definición, creen en la gracia. Muchos de nosotros citamos las conocidas palabras de Pablo en Efesios 2:8-9: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”. Y se dice que el amado himno de John Newton, “Sublime gracia”, es el himno favorito de todos los tiempos en los Estados Unidos. ¿Por qué digo entonces que la gracia de Dios es uno de los temas menos comprendidos de la Biblia?

Cuando pensamos en la gracia, casi siempre pensamos en ser salvos por gracia. Es por ello que Efesios 2:8-9 nos es tan familiar. Incluso la literatura cristiana disponible sobre la gracia parece tratar exclusivamente con la salvación. Pero la Biblia nos enseña que no solo somos salvos por gracia, sino que también vivimos por gracia cada día de nuestras vidas. Es este aspecto importante de la gracia el que parece ser tan poco comprendido o practicado por los cristianos.

Mi observación de la cristiandad es que la mayoría de nosotros acostumbramos a basar nuestra relación con Dios en nuestro desempeño, en lugar de en su gracia. Si nos desempeñamos bien, sin importar qué consideramos nosotros un buen desempeño, entonces esperamos que Dios nos bendiga. Si no nos hemos desempeñado tan bien, nuestras expectativas se reducen. En este sentido, vivimos

por obras en lugar de por gracia. Somos salvos por gracia, pero vivimos por el “sudor” de nuestro propio desempeño.

Además, siempre nos estamos desafiando, a nosotros mismos y unos a otros, a intentarlo con mayor ímpetu. Parece que creemos que el éxito en la vida cristiana (sea como sea que definamos el éxito) depende básicamente de nosotros: nuestro compromiso, nuestra disciplina, nuestro celo, quizá con algo de ayuda de parte de Dios durante el camino. Asentimos hipócritamente a las palabras del apóstol Pablo, “Por la gracia de Dios soy lo que soy”, ya que nuestra actitud dice, “Dios ayuda a los que se ayudan”.

El percatarme que mi relación diaria con Dios está basada en los méritos infinitos de Cristo en lugar de en mi desempeño, es una experiencia liberadora y llena de gozo. Pero no debe ser una experiencia única en la vida; la verdad debe ser reafirmada diariamente. De eso trata este libro.

Frecuentemente estudio algunos temas de las Escrituras utilizando lo que llamo el método de la cocción lenta. Es decir, permito que se “cocine” lentamente en mi mente por meses, incluso años. Esto ha sido verdad con el tema de la gracia de Dios. Ha estado cociéndose lentamente en mi mente por más de diez años. He escrito otros tres libros durante ese tiempo, pero mi mente y mi corazón han regresado continuamente a la gracia de Dios.

Al estudiar este tema, y más particularmente en estos últimos meses mientras he enfocado mis pensamientos en el material para este libro, frecuentemente me he sentido como un niño tratando de sacar toda el agua del océano. La gracia de Dios es tan inagotable y, en ocasiones, abrumante. Confío en que he sido capaz de expresar algo de ese sentimiento en el mensaje de este libro y que tú

también aprecies más las vastas riquezas de la gracia de Dios dada a nosotros a través de Cristo.

Algunas personas han desempeñado un papel importante al escribir este libro. Mi pastor, Rick Fite, leyó el manuscrito completo y me reafirmó y alentó en este énfasis de la gracia. Otro amigo, Don Simpson, también leyó el manuscrito y me dio retroalimentación valiosa y sugerencias. Jon Stine, un editor muy entusiasta, constantemente me desafió a aclarar mis pensamientos y a presentar un mensaje bíblicamente balanceado. Un número de amigos, de diferentes partes del país, han orado constantemente por esta obra, pero Grace Peterson ha sido mi Moisés en lo alto del monte, mientras yo luchaba con los “amalecitas” de los conceptos y pensamientos, los cuales frecuentemente no coinciden (referirse a Éxodo 17:8-13 si no estás familiarizado con la analogía bíblica que estoy utilizando).

Jessie Newton, mi asistente administrativa, ha puesto mi manuscrito en una computadora, listo para editarse. Este es el segundo libro que Jessie ha transcrito por mí y ha hecho un trabajo maravilloso.

Mi querida esposa, Jane, ha sido de constante aliento y nunca se ha quejado, ni en palabras ni en actitud, por casi convertirse en una viuda durante los meses que he dedicado mi tiempo libre a escribir este libro.

Sobre todo, Dios mismo ha derramado su misericordia y gracia sobre mí. Confío en que mis esfuerzos no serán en vano y que, a través del mensaje de este libro, muchos crezcan “en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén” (2 Pedro 3:18).

Capítulo 1

EL DESEMPEÑO

INTERMINABLE

¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne? Gálatas 3:3

¡Bancarrota! La palabra tiene un sonido horrible. De hecho, es más que una palabra, es una expresión. Significa fracaso, falta de solvencia, incapacidad de pagar las deudas, quizás la ruina financiera. Incluso en nuestra sociedad laxa y permisiva, estar en la bancarrota conlleva cierto grado de desgracia y vergüenza. ¿Puedes imaginarte a un hijo presumiéndole a sus amigos que su papá se ha declarado en bancarrota?

En la esfera moral, la palabra bancarrota tiene una connotación aún más despectiva. Decir que una persona está en la bancarrota moral es decir que él o ella carecen de toda cualidad moral. Es como comparar a esa persona con Adolfo Hitler. Es casi la peor cosa que puedes decir sobre una persona.

Ahora bien, quizá nunca lo hayas pensado de esta manera, pero tú estás en la bancarrota. No me refiero a tu condición financiera o a tus cualidades morales. Puedes estar financieramente tan sólido como el Peñón de Gibraltar y puedes ser la persona más distinguida de tu comunidad, pero aun así estás en bancarrota.

Tú y yo, y todas las personas en el mundo, estamos espiritualmente en la bancarrota. De hecho, toda persona que ha vivido en el mundo, excepto Jesucristo (sin importar

su estado moral o religioso) ha estado en la bancarrota espiritual. Lee esta declaración escrita por el apóstol Pablo sobre nuestra bancarrota:

Como está escrito:

No hay justo, ni aun uno;

No hay quien entienda,

No hay quien busque a Dios.

Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles;

No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.

(Romanos 3:10-12)

No hay justo, no hay quien busque a Dios, no hay quien haga lo bueno, ni siquiera uno. Esto es bancarrota espiritual en su estado más absoluto. Usualmente, en un negocio en bancarrota, la compañía aún posee algunos recursos que pueden ser vendidos para pagar parcialmente sus deudas. Pero nosotros no tenemos recursos, nada que le podamos entregar a Dios como pago parcial de nuestra deuda. Incluso “nuestras justicias [son] como trapo de inmundicia” a sus ojos (Isaías 64:6). Éramos indigentes espirituales. Teníamos una deuda que no podíamos pagar.

Entonces aprendimos que la salvación es un regalo de Dios; es completamente por gracia a través de la fe—no por obras, para que nadie se gloríe (Romanos 6:23; Efesios 2:8-9). Renunciamos a la confianza en cualquier justicia propia y nos volvimos en fe a Jesucristo para nuestra salvación. En ese acto esencialmente nos declaramos en bancarrota espiritual.

¿Pero en qué clase de bancarrota nos declaramos? En el mundo de los negocios, las compañías en problemas financieros forzadas a la bancarrota tienen dos opciones, conocidas como capítulo 7 y capítulo 11, de acuerdo a los respectivos capítulos en la reglamentación federal sobre bancarrota. El capítulo 11 trata con lo que podríamos

llamar una bancarrota temporal. Esta opción es elegida por una compañía básicamente sana que, dándole tiempo, puede salir de sus problemas financieros.

El capítulo 7 es para la compañía que ha llegado al final de su cuerda financiera. No solo está sumergida en deudas, sino que tampoco tiene futuro como un negocio viable. Se le obliga a liquidar sus recursos y pagarles a sus acreedores, frecuentemente en una proporción muy baja como la de diez centavos por cada dólar. La compañía está acabada. Los dueños o los inversores pierden todo lo que han puesto en el negocio. A nadie le gusta la bancarrota del capítulo 7.

¿Bancarrota temporal o permanente?

Así que, ¿qué tipo de bancarrota declaramos? Para utilizar la analogía de los negocios, ¿caímos bajo el capítulo 7 o bajo el capítulo 11? ¿Fue permanente o temporal? Sospecho que la mayoría de nosotros diría que declaramos la bancarrota permanente. Al confiar solamente en Jesucristo para nuestra salvación, nos percatamos de que no podemos añadir ninguna medida de buenas obras a lo que él ya hizo. Creemos que él pagó completamente nuestra deuda por el pecado y nos aseguró el regalo de la vida eterna. No hay nada más que podamos hacer para ganarnos nuestra salvación, así que, utilizando la analogía de los negocios, diríamos que nos hemos declarado en bancarrota permanente.

Sin embargo, creo que la mayoría de nosotros realmente nos declaramos en bancarrota temporal. Habiendo confiado solamente en Cristo para nuestra salvación, hemos regresado sutil e inconscientemente a una relación de obras con Dios en nuestras vidas cristianas. Reconocemos que incluso mediante nuestros mejores esfuerzos no podemos obtener el cielo, pero creemos que mediante ellos

sí podemos obtener la bendición de Dios en nuestra vida diaria.

Después de convertirnos en cristianos comenzamos a hacer a un lado nuestros pecados más evidentes. También comenzamos a asistir a la iglesia, ponemos dinero en el plato de la ofrenda y quizá nos unimos a un pequeño grupo de estudio bíblico, Vemos algunos cambios positivos en nuestro estilo de vida y comenzamos a sentirnos bien con nosotros mismos. Ahora estamos listos para emerger de la bancarrota y pagar con nuestros méritos la vida cristiana.

Entonces viene un día cuando caemos espiritualmente. Regresamos a un antiguo pecado o fallamos en hacer lo que debemos. Debido a que pensamos que ahora estamos por nuestra cuenta, labrando nuestro propio camino, asumimos que hemos perdido todas las bendiciones de Dios por algún periodo indeterminado de tiempo. Nuestra expectativa de la bendición de Dios depende de cuán bien sentimos que estamos viviendo la vida cristiana. Declaramos una bancarrota temporal para entrar en su reino, así que ahora podemos y debemos labrar nuestro propio camino con Dios. Fuimos salvados por gracia, pero vivimos dependiendo de cuán bien nos comportamos.

Si piensas que estoy exagerando, haz esta prueba. Piensa en alguna ocasión reciente en que hayas fallado espiritualmente. A continuación, imagina que inmediatamente después te encontraste en una magnífica oportunidad de compartir el evangelio con un amigo no creyente. ¿Podrías haberlo hecho con la completa confianza en la ayuda de Dios?

Somos legalistas por naturaleza; es decir, naturalmente pensamos que cierta cantidad de desempeño nuestro nos hace acreedores a cierta cantidad de bendiciones de Dios. El apóstol Pedro pensó de esta manera. Después de

escuchar la conversación de Jesús con el joven rico, le dijo a Jesús, “Nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos?” (Mateo 19:27). Pedro ya había calculado sus méritos y quería saber cuánta recompensa obtendría.

No solo somos personas legalistas por naturaleza, nuestra cultura cristiana refuerza esta actitud en nosotros. Somos exhortados a asistir a la iglesia regularmente, a tener un tiempo devocional para estudiar nuestras Biblias, orar y memorizar las Escrituras, somos exhortados a testificar a nuestros vecinos y a ofrendar para las misiones, todas son actividades cristianas importantes. Aunque nadie lo dice de esta forma, de alguna manera se crea en nuestra mente la vaga impresión de que es mejor hacer esas cosas, o de lo contrario Dios no nos bendecirá.

Después nos volvemos a la Biblia y leemos que debemos trabajar en nuestra salvación, buscar la santidad y ser diligentes para añadir a nuestra fe virtudes como la bondad, conocimiento, dominio propio y amor. De hecho, encontramos que la Biblia está llena de exhortaciones a hacer buenas obras y seguir las disciplinas del crecimiento espiritual. Insisto, debido a que somos legalistas por naturaleza, asumimos que nuestro comportamiento o desempeño en estas áreas nos otorgan las bendiciones de Dios en nuestras vidas.

Lucho contra estas tendencias legalistas incluso a pesar de saber que no debo pensar así. Algunos años atrás, estaba designado para dar una conferencia en una gran iglesia en la costa oeste. Llegué quince minutos antes del servicio dominical y me enteré de que un miembro del personal de la iglesia había fallecido un día antes. La iglesia estaba conmocionada y de luto.

Contemplando la situación, me percaté de que mi mensaje “desafío a discipular” era totalmente inapropiado. Ese día, la congregación necesitaba ser consolada y animada, no desafiada. Sabía que necesitaba un nuevo mensaje, así que comencé a orar en silencio, pidiéndole a Dios que trajera a mi mente un mensaje adecuado a esta situación. *Entonces comencé a calcular mis méritos y deméritos de ese día:* ¿Tuve un tiempo devocional en la mañana? ¿Albergué pensamientos lujuriosos o dije alguna mentira? Había caído en la trampa del desempeño.

Rápidamente reconocí lo que estaba haciendo, así que dije, “Señor, no conozco la respuesta a ninguna de estas preguntas, pero eso no importa. Vengo a ti en el nombre de Jesús y, en base a sus méritos solamente, pido que me ayudes”. Un versículo de la Biblia vino a mi mente y con él, un breve bosquejo de un mensaje que sabía sería apropiado.

Me dirigí al púlpito y literalmente preparé el mensaje mientras hablaba. Dios contestó mi oración.

¿Por qué contestó Dios mi oración? ¿Fue porque tuve un tiempo devocional esa mañana o cumplí ciertas disciplinas espirituales? ¿Fue porque no albergué pensamientos pecaminosos ese día? No, Dios contestó mi oración por una sola razón: Jesucristo ya había comprado esa respuesta dos mil años atrás en una cruz romana. Dios contestó en base a su gracia solamente, no por mis méritos o mis deméritos.

Uno de los secretos mejor guardados de los cristianos en la actualidad es este: Jesús pagó todo. *Me refiero a todo. No solo compró tu perdón de pecados y tu entrada al cielo. Él compró toda bendición y cada respuesta a la oración que recibirás.* Cada una de ellas, sin excepción.

¿Por qué es un secreto tan bien guardado? Por una razón, tenemos miedo de esta verdad. Tenemos miedo de decirnos, incluso a nosotros mismos, que no tenemos que hacer nada más, que todo el trabajo ha sido hecho. Tenemos miedo de que si realmente creemos esto, seremos perezosos en nuestros deberes cristianos. Pero el asunto central es que realmente no creemos que estemos todavía en bancarrota. Ya que hemos entrado al reino de Dios solamente por gracia y solo por el mérito de Otro, ahora intentamos pagar nuestro andar mediante nuestro comportamiento. Nos declaramos solamente en bancarrota temporal e intentamos ahora vivir por las buenas obras en lugar de por gracia.

Toda la experiencia cristiana frecuentemente se describe en tres fases distintas: justificación, santificación y glorificación.

Justificación, es decir, ser declarado justo ante Dios mediante la fe en Jesucristo, es un evento que ocurre una vez en la vida. Es esa ocasión en nuestras vidas cuando fuimos salvados. Es la experiencia de Efesios 2:8: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe”.

Santificación, es decir, crecer en semejanza a Cristo, es una experiencia progresiva durante toda nuestra vida cristiana, desde la salvación hasta la glorificación. La glorificación ocurre en el momento en que partimos de esta vida para estar con Cristo. (Claro está que la glorificación realmente tiene su cumplimiento total en la resurrección, pero incluso aquellos que ahora están con Cristo son descritos como “los espíritus de los justos hechos perfectos” [Hebreos 12:23].)

Todos los cristianos concuerdan que la justificación es por gracia a través de la fe en Cristo. Y si pensamos en ello, estamos de acuerdo en que la glorificación también es

solamente por la gracia de Dios. Jesús compró para nosotros no solo el perdón de pecados (justificación), sino también la vida eterna (glorificación). Pero la santificación, toda la experiencia cristiana entre la justificación y la glorificación, es otra historia. En el mejor de los casos, se mira la vida cristiana como una mezcla de desempeño personal y la gracia de Dios. No es que conscientemente hayamos pensado todo esto y concluido por ejemplo que nuestra relación con Dios este basada en un 50% en el desempeño y un 50% en la gracia. Más bien lo asumimos inconscientemente y este pensamiento emerge de nuestro legalismo innato, reforzado y alentado por la cultura cristiana en la que vivimos.

De acuerdo a esto, nuestra perspectiva de la vida cristiana puede ser ilustrada por la siguiente secuencia:



De acuerdo a esta ilustración, nuestro concepto de la vida cristiana es una secuencia que va de la gracia a las obras y regresa a la gracia. Sin embargo, la principal tesis de este libro y la verdad que espero demostrar es que esa ilustración debe verse así:



Es decir, que toda la vida cristiana, desde el inicio hasta su final, es vivida en base a la gracia que Dios nos da a través de Cristo.

Regresemos a la analogía de la bancarrota. Si bien es cierto la bancarrota permanente es tan devastadora, existe un lado positivo. El asediado hombre de negocios por fin es libre. Ya no le debe nada a nadie. Sus deudas no fueron completamente pagadas, pero al menos fueron canceladas. Ya no recaen sobre su cabeza; ha sido liberado de las llamadas telefónicas, las demandas y las amenazas de sus acreedores. No pueden acosarlo más. Este hombre de negocios puede estar humillado, pero al menos es libre.

Mientras tanto, el hombre de negocios que se declaró en bancarrota temporal aun lucha para salir adelante. Ha conseguido un respiro de sus acreedores por un periodo de tiempo, pero debe trabajar a marchas forzadas para sacar su negocio a flote. Eventualmente debe pagarle a sus acreedores. Este hombre de negocios no ha sido liberado. En lugar de ello, se encuentra en la banda sin fin del desempeño.

Sin embargo, todas las analogías humanas de la verdad espiritual finalmente se quedan cortas. Nunca podrán reflejar la historia completa, como podemos observar en la analogía de la bancarrota. El hombre de negocios que se declaró en bancarrota permanente no está completamente liberado. Es libre de sus deudas anteriores, pero no de las que incurra en el futuro. Han borrado el pasado de su pizarra, pero debe empezar de nuevo y tratar de mantener su futuro limpio. En el mundo de los negocios, por tanto, no existe realmente una bancarrota permanente en el sentido de tener libertad en cuanto al comportamiento futuro.

Pero las buenas noticias de la Biblia son que, en la esfera espiritual, sí existe una bancarrota total y permanente. No funciona como la bancarrota comercial; es mucho mejor en dos maneras muy significativas.

Primero que todo, en el mundo de los negocios las deudas de la bancarrota permanente nunca se pagan por completo. Los acreedores aceptan una cantidad menor, la cual reciben de los recursos que la empresa liquida. Ni el hombre de negocios en bancarrota ni los acreedores quedan satisfechos. El hombre de negocios, si tiene consciencia, se siente culpable por las deudas que no pagó; y los acreedores no están contentos debido al pago total que no recibieron.

En contraste, la deuda total del cristiano ha sido pagada por la muerte de Cristo. La ley de Dios y la justicia de Dios han sido completamente satisfechas. La deuda de nuestros pecados ha sido marcada con un “¡Pagada por completo!”. Dios está satisfecho y nosotros también. Tenemos paz con Dios y somos librados de la consciencia culpable (ver Romanos 5:1; Hebreos 10:22).

En segundo lugar, no solo la deuda ha sido completamente pagada, *no existe la posibilidad de caer nuevamente en deuda*. Jesús pagó la deuda de todos nuestros pecados: pasados, presentes y futuros. Como dijo Pablo en Colosenses 2:13, “perdonándoos todos los pecados”. No tenemos que comenzar de nuevo y tratar de mantener nuestra cuenta en cero. La cuenta ya no existe. Tal como lo escribió Stephen Brown: “Dios tomó nuestra cuenta, la rompió en pedazos y se deshizo de ella”.¹ Esto es verdad no solo para nuestra justificación, sino también para nuestras vidas cristianas. Dios no registra el marcador, dándonos o reteniéndonos las bendiciones en base a nuestro desempeño. La cuenta ya ha sido cerrada completamente por Cristo. ¡Cuán frecuentemente perdemos de vista esta dimensión del evangelio!

Se nos da entrada al reino de Dios por gracia; somos santificados por gracia; recibimos por gracia bendiciones

espirituales y temporales; somos motivados por gracia a obedecer; somos llamados a servir y capacitados para servir por gracia; recibimos por gracia la fortaleza para soportar la prueba; y finalmente, somos glorificados por gracia. Toda la vida cristiana es vivida bajo el reino de la gracia de Dios.

¿Qué es la gracia?

¿Qué es, entonces, la gracia por la que somos salvados y por la que vivimos? La gracia es el favor gratuito e inmerecido que Dios muestra a los pecadores que merecen solamente el juicio. Es el amor de Dios mostrado a los impíos. Es Dios acercándose a las personas que son rebeldes a él.

La gracia se opone directamente a cualquier supuesta dignidad nuestra. Para decirlo de otra manera: La gracia y las obras son mutuamente excluyentes. Como dijo Pablo en Romanos 11:6, “Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia”. Nuestra relación con Dios está basada ya sea en obras o en la gracia. Con él nunca hay una relación basada en las obras *más* la gracia.

Lo que es más, la gracia no nos rescata primero del castigo de nuestros pecados, nos da nuevas habilidades espirituales solo para después abandonarnos para crecer en madurez espiritual. En lugar de ello, Pablo dijo, “el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará [también por gracia] hasta el día de Jesucristo” (Filipenses 1:6), John Newton capturó esta idea de la obra continua de la gracia en nuestras vidas cuando escribió el himno “Sublime gracia”, “Su gracia siempre me libró y me guiará feliz al hogar”.

El apóstol Pablo nos pregunta hoy, como le preguntó a los gálatas, “¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?” (Gálatas 3:3). Aunque el asunto de la circuncisión era el problema específico que Pablo estaba abordando, notemos que no dice, “¿Ahora vais a acabar por la circuncisión?”. Él generalizó el asunto y trató, no con el asunto específico de la circuncisión, sino con el problema de tratar de complacer a Dios con las obras de la carne, el esfuerzo humano, incluso las buenas actividades cristianas y las disciplinas llevadas a cabo con un espíritu legalista.

El mérito de Cristo

El apóstol Pablo, en algunas ocasiones, utilizó la gracia de Dios y los méritos de Cristo como conceptos intercambiables, y yo también lo hago en este libro. Por ejemplo, Pablo dijo,

He aquí, yo Pablo os digo que si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo. Y otra vez testifico a todo hombre que se circuncida, que está obligado a guardar toda la ley. De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído (Gálatas 5:2-4).

Notemos el paralelismo que Pablo utilizó, “de nada os aprovechará Cristo”; “De Cristo os desligasteis... de la gracia habéis caído”.

En Efesios 2:4-7, Pablo escribió,

Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las

abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús.

Nuevamente, notemos la cercana conexión entre Cristo y la gracia. Se “nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos)”. Y Dios quiere “mostrar... las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús”.

Aunque la gracia de Dios y el mérito de Cristo no son lo mismo, siempre van juntos en nuestra relación con Dios. No podemos experimentar el uno sin el otro. Al referirse al orden, la gracia de Dios viene primero. Fue debido a su gracia que Dios el Padre envió a su único Hijo para morir en lugar nuestro. Expresándolo de otra forma, la muerte de Cristo fue el resultado de la gracia de Dios; la gracia no es el resultado de la muerte de Cristo.

Pero también es cierto que nuestra experiencia de la gracia de Dios es posible solo mediante la muerte de Cristo. Dios es un Dios de gracia, pero él también es justo en un sentido absoluto; es decir, su justicia no puede pasar por alto la menor infracción a su santa ley. Debido a que Cristo satisfizo completamente la justicia de Dios, ahora podemos experimentar la gracia de Dios. La gracia significa poder recibir las riquezas de Dios por causa de Cristo. Por ello he establecido en este capítulo, y continuaré repitiéndolo una y otra vez en el libro, que Jesucristo ya ha pagado todas las bendiciones que tú y yo recibiremos de Dios el Padre.

Existe una hermosa historia en la vida del rey David que ilustra la gracia de Dios a través de Cristo. Mefiboset era el hijo del entrañable amigo de David, Jonatán, hijo de Saúl. Él quedó parálítico de ambas piernas a la edad de cinco años. Después de que David fue proclamado rey de Israel, quiso mostrar bondad a cualquiera que quedara de la casa de Saúl por causa de Jonatán. Así que Mefiboset (paralítico

y pobre, incapaz de cuidarse a sí mismo y sin una casa propia) fue traído a la casa de David y comía a la mesa de David “como uno de los hijos del rey” (2 Samuel 9:11).

¿Por qué fue Mefiboset tratado como uno de los hijos de David? Por causa de Jonatán. Podríamos decir que la amistad fiel de Jonatán con David le “ganó” un asiento a Mefiboset en la mesa de David. Mefiboset, en su estado paralítico y de pobreza, incapaz de mejorar su vida y totalmente dependiente de la benevolencia de otros, es una ilustración de ti y de mí, paralíticos por el pecado e incapaces de ayudarnos a nosotros mismos. David, en su gracia, ilustra a Dios el Padre y Jonatán ilustra a Cristo.

Tal como Mefiboset fue elevado a un lugar en la mesa del rey por causa de Jonatán, así tú y yo somos elevados al estatus de hijos de Dios por causa de Cristo. Y así como sentarse a la mesa del rey implicaba no solo comida diaria sino también otros privilegios, así la salvación de Dios por causa de Cristo conlleva todas las provisiones que necesitamos, no solo para la eternidad sino también para esta vida.

Como para enfatizar el especial privilegio de Mefiboset, el escritor menciona cuatro veces en un corto capítulo que Mefiboset comía a la mesa del rey (ver 2 Samuel 9:7, 10, 11, 13). Tres de esas ocasiones dice que *siempre* comía a la mesa del rey. Pero el relato comienza y termina mencionando que Mefiboset era lisiado de ambos pies (ver versículos 3, 13). Mefiboset nunca superó su condición de paralítico. Nunca llegó al punto en que pudiera dejar la mesa del rey y valerse por sí mismo. Y tampoco nosotros podemos hacerlo.

Capítulo 2

GRACIA, ¿QUIÉN LA NECESITA?

La justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús. Romanos 3:22-24

Samuel y Pamela, dos amigos, llegaron a los Estados Unidos como inmigrantes del país de Quadora. Ellos querían comprar una casa y aconteció que cada uno encontró una que un hombre rico estaba vendiendo. Ambas casas estaban anunciadas en \$100,000 dólares. Samuel llegó con 500,000 quadros, la moneda de Quadora, y Pamela llegó con 1,000,000 quadros. Ellos sabían que un quadro no valía lo mismo que un dólar, pero asumieron que serían capaces de cambiar los quadros por al menos la cantidad suficiente para comprar una casa. Sin embargo, Quadora había sido azotado por la inflación y los quadros se habían devaluado hasta casi quedar sin valor. El banco no les aceptaba intercambiar sus quadros por dólares.

Para complicar aún más las cosas, Samuel y Pamela han descubierto que el hombre rico, al que esperaban comprarle la casa, no es un desconocido. Ellos ya habían realizado negocios con él cuando aún estaban en Quadora y tenían una gran deuda con él. Samuel le debía alrededor de un millón de dólares y Pamela le debía \$500,000 dólares. Debido a que sus quadros no valen nada, ninguno de ellos

podía comenzar a pagar su deuda, mucho menos comprarle una casa.

Después sucedió algo muy extraño. El hombre rico, al escuchar que Pamela y Samuel estaban en su país y sabiendo que llegaron con sus quadros que no valían nada, los buscó. A pesar de que tenían una deuda muy grande con él, les canceló esas deudas, les dio a cada uno la casa que deseaban, completamente amueblada, con utensilios y mantenimiento pagado de por vida.

Esa es la imagen de cómo opera la gracia de Dios. La “moneda” de nuestra moralidad y buenas obras no tiene valor para Dios. Además, todos estamos tan en deuda con él debido a nuestro pecado que no podemos ni siquiera pensar en pagarle parcialmente.

Una perspectiva bíblica de la gracia

En una ocasión escuché una definición de la gracia, en donde la explicaban como cuando Dios complementa la diferencia entre los requisitos de su ley justa y lo que a nosotros nos falta para cumplirla. Nadie es lo suficientemente bueno para ganarse la salvación por sí mismo, decía esta definición, así que la gracia de Dios simplemente cubre lo que a nosotros nos falta. Algunos reciben más gracia que otros; pero todos reciben lo que necesitan para obtener la salvación. Nadie debe perderse porque cualquier cantidad de gracia que requiere está disponible para él.

Esta definición de la gracia parece muy generosa de parte de Dios, ¿no es así? Dios provee lo que a nosotros nos falta. El problema con esta definición es que no es real. Representa una grave incomprensión de la gracia de Dios y una perspectiva muy inadecuada de nuestra situación como pecadores delante de Dios. Debemos asegurarnos de que

tenemos una perspectiva bíblica de la gracia, ya que ella es el centro del evangelio. Ciertamente no es necesario que alguien comprenda toda la teología de la gracia para ser salvo, pero si una persona tiene una falsa noción de la gracia, probablemente signifique que él o ella no entiende realmente el evangelio.

Aunque este libro trata sobre vivir por la gracia, necesitamos asegurarnos de que primero entendemos la gracia salvadora, por dos razones. Primero, todo lo que diga de la gracia de Dios en los capítulos subsecuentes asume que has experimentado la gracia salvadora de Dios: que has confiado solamente en Jesucristo para tu salvación eterna. Sería una fatal injusticia si yo permitiera que creyeras que todas las maravillosas provisiones de la gracia de Dios que veremos en los siguientes capítulos son tuyas fuera de la salvación a través de Jesucristo.

En segundo lugar, aunque este libro es sobre vivir por la gracia, la gracia es siempre la misma, ya sea que Dios la ejerza en salvarnos o al tratar con nosotros como creyentes. De cualquier manera que la Biblia defina la gracia salvadora, esa misma definición aplica para el área de la vida cristiana cotidiana.

Dios nos ofrece gracia

Dios nos dice,

A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche (Isaías 55:1).

El evangelio es ofrecido a aquellos que no tienen dinero o buenas obras. Nos invita a venir y “comprar” salvación sin dinero y sin costo. Pero notemos que la invitación a venir está dirigida a aquellos que no tienen dinero, no a aquellos que no tienen suficiente. La gracia no consiste es que Dios

ponga la diferencia, sino que Dios provea todo el “costo” de la salvación a través de su Hijo, Jesucristo.

El apóstol Pablo abordó este asunto en Romanos 3:22 cuando dijo, “no hay diferencia”. No hay diferencia entre judíos y gentiles, entre religiosos e irreligiosos, entre personas morales y degeneradas. No hay diferencia entre nosotros porque todos hemos pecado y estamos destituidos de la gloria de Dios.

Decir que Dios compensa la diferencia entre lo que él requiere y lo que nos falta, es como comparar los intentos de dos personas por saltar el Gran Cañón. El cañón tiene en promedio de catorce kilómetros de ancho. Supongamos que una persona pudiera saltar ocho metros desde la orilla y otra persona pudiera saltar solo dos metros. ¿Qué diferencia hay? Por supuesto, una persona puede saltar cuatro veces más que la otra, pero comparado a los catorce kilómetros (¡14,000 metros!), no representa ninguna diferencia. Como los quadros en mi parábola, ambos intentos carecen de valor para saltar el cañón. Y cuando Dios construyó un puente a través del “Gran Cañón” de nuestro pecado, él no se detuvo a 8 metros, ni siquiera a 2 metros, de nuestro lado. Él construyó el puente de extremo a extremo.

Incluso la comparación de tratar de saltar el Gran Cañón fracasa en representar adecuadamente nuestra condición desesperada. Para utilizar esa ilustración deberíamos asumir que las personas intentan saltar el cañón; es decir, muchas personas están intentando ganarse su entrada al cielo y, a pesar de sus mejores esfuerzos, se quedan cortos al intentar cruzar el terrible precipicio del pecado que los separa de Dios.

Nada podría estar más alejado de la verdad. Casi nadie intenta ganarse su entrada al cielo (Martín Lutero, antes de

su conversión, fue una notable excepción). En lugar de ello, la mayoría asume que lo que ya están haciendo es suficiente para merecer el cielo. Casi nadie está haciendo un esfuerzo sincero para incrementar la longitud de su “salto” a través del cañón. En lugar de ello, en nuestras mentes, hemos acortado la anchura del cañón a una distancia que podemos cruzar cómodamente sin ningún esfuerzo adicional de lo que ya estamos haciendo. La persona cuya vida moral puede ser equivalente a los 8 metros, en su mente acorta la distancia a unos cómodos siete metros; y la persona que solo puede saltar dos metros ha acortado su cañón a uno. Todos esperan que Dios acepte lo que ya están haciendo como una “moneda” suficiente para “comprar” una casa en el cielo.

Tal como el primer grupo que escuchó la famosa parábola que Jesús relató sobre el fariseo y el recaudador de impuestos, muchas personas tienen la confianza en su propia justicia (Lucas 18:9-14). Quizá podrían, en cierto momento de gran reflexión, conceder que no son perfectos, pero se consideran a sí mismos esencialmente buenos.

Un gran problema en la actualidad es que muchos de nosotros creemos que no somos tan malos. De hecho, asumimos que somos buenos. En 1981, fue publicado un libro que abordaba el difícil tema del dolor y la angustia, convirtiéndose rápidamente en uno de los más vendidos. Su título era: *Cuando a la gente buena le pasan cosas malas*. El libro, como su título revela, asume que la mayoría de las personas son “buenas”. La definición que el autor, Harold Kushner, ofrece sobre una buena persona es, “personas ordinarias, buenos vecinos, ni extraordinariamente buenas ni extraordinariamente malas”.²

En contraste, el apóstol Pablo dice que todos somos malos. Considera nuevamente Romanos 3:10-12, observando